

Después del desarrollismo y la globalización, ¿qué?*

Immanuel Wallerstein**

Resumen: El siglo XX ha sido período de ensayos y errores en lo que se refiere a la búsqueda de una solución al atraso económico de los países de sur. Fue así como surgió una de las corrientes intelectuales más fuertes de la economía posterior de la segunda posguerra y la descolonización: el desarrollismo. Se trataba, en otras palabras, de alcanzar el desarrollo a partir de las propias economías de estos países y no como una imposición proveniente de las metrópolis del mundo “pan-europeo”. Sin embargo, a partir de los años setenta, y en conjunción con el shock petrolero, se produce un desgaste de este modelo y una arremetida simultánea de los teóricos del libre mercado y de la apertura capitalista. El paradigma de desarrollo cambió entonces, una vez más, en 180°. Sólo a fines de los 90, y producto de la crisis de los mercados asiáticos, quedaron a la vista las fisuras de la nueva Globalización, dando espacio para que un nuevo movimiento social, representando en el espíritu del Foro Social Mundial, tomara el relevo de la representación de los intereses de los países del sur. Las estrategias y alcances de esta nueva corriente están en pleno desarrollo y debieran, al menos, aprender de la experiencia histórica y los esfuerzos anteriores.

Palabras clave: desarrollismo, globalización, Foro Social Mundial, colonialismo, capitalismo.

Abstract: The XXth century has been a period of essays and errors in what refers to the search of a solution to the economic backwardness of the southern countries. Due to this, one of the strongest intellectual currents of second after world war and decolonization period emerged: development. The purpose, in other words, was to reach development startin from the own economies of these countries, and not as an imposition coming from the metropolis of the “pan-european” world. Nevertheless, starting out in the seventies, and in conjunction with the petroleum shock, this model suffers erosion and a simultaneous assault of the free market and capitalist opening theoreticians. The development paradigm changed then, once again, in 180°. Only by the end of the eighties, and due to the asian markets crisis, the fissures of the new Globalization appeared in the open, giving and opportunity to a new social movement, representing the interest of the World Social Forum could take the representation of southern countries. The strategies and attainments of this new current are at present development and should, at least, learn from the historical experience and of previous efforts.

Key words: development, globalization, World Social Forum, colonialism, capitalism.

* * *

En 1900, en preparación para la Exposición Universal de París, el Ministro francés de Colonias pidió a Camille Guy, jefe de su servicio geográfico, que produjera un libro titulado *Les Colonies Francaises: la mise en valeur de notre domaine coloniale*¹. Una traducción literal de *mise en valeur* es “puesta en valor”. Para la época, se prefería esta expresión –cuando se hablaba de fenómenos económicos en las colonias–, a la palabra francesa *développement*, perfectamente aceptable. Si uno se dirigiera enseguida a *Les Usuels de Robert: Dictionnaire des Expressions et Locutions Figurées* (1979) para conocer más sobre la expresión *mettre en valeur*, se encuentra la explicación de que es utilizada como una metáfora que significa “explotar, obtener beneficio de”.

Básicamente, este era el punto de vista del mundo pan-europeo durante la era colonial, en lo relativo al desarrollo económico en el resto del mundo. El desarrollo era un conjunto de acciones concretas llevadas a cabo por europeos para explotar recursos del mundo no europeo, y beneficiarse de ello. Había una cantidad de supuestos en este punto de vista: los no europeos no eran capaces de “desarrollar” sus recursos –y quizás ni siquiera deseaban hacerlo– sin la ingerencia activa del mundo pan-europeo. Sin embargo, tal desarrollo significaba un bien material y moral para el mundo. Para los pan-europeos, por tanto, explotar los recursos de esos países constituía un deber moral y político. Por tanto, no había nada de malo en el hecho de que, como recompensa, aquellos que explotaban los recursos obtuvieran ganancia de los mismos, puesto que una ventaja secundaria llegaría a las personas cuyos recursos estaban siendo explotados de esta manera.

La racionalidad de este proceder, por supuesto, omitía por completo la discusión de los costos de tal explotación para las personas del lugar. El cálculo convencional era que tales costos constituirían, para decirlo con un eufemismo de hoy, el “daño colateral” necesario e inevitable de la “misión civilizadora” de Europa.

El tenor de la discusión empezó a cambiar después de 1945, debido –sobre todo– al fortalecimiento de los sentimientos y los movimientos anticoloniales en Asia y África, y a un nuevo sentido de afirmación colectiva en América Latina. Es a partir de aquí que el término “desarrollo” pasó a

ser utilizado como una palabra codificada para expresar la convicción de que para los países del Sur era posible “desarrollarse” por sí mismos, en oposición a “ser desarrollados” por el Norte. La nueva presunción consistía en que, si los países del Sur optaban por las políticas adecuadas, en algún momento del futuro podrían llegar a ser tecnológicamente tan modernos –y tan ricos– como los países del Norte.

En algún momento del período posterior a 1945, autores latinoamericanos empezaron a llamar “desarrollismo” a esta nueva ideología. La ideología adoptó una cantidad de formas diferentes. La Unión Soviética la hizo equivalente a instituir el “socialismo”, definido como la última etapa anterior al “comunismo”. Los Estados Unidos la llamaron “desarrollo económico”. Los ideólogos del Sur utilizaron a menudo ambas expresiones de manera intercambiable. En el marco de este consenso mundial, todos los Estados del Norte –los Estados Unidos, la Unión Soviética (y sus aliados de Europa del Este), los poderes coloniales de Europa Occidental (en vías de convertirse en ex - coloniales), y los países nórdicos además de Canadá–, empezaron a ofrecer “ayuda” y asesoría relacionados con este desarrollo que todos favorecían. La Comisión Económica para América Latina (CEPAL) elaboró un nuevo lenguaje sobre relaciones “centro - periferia”, utilizado –sobre todo– para justificar un programa de “industrialización por sustitución de importaciones”. Y otros intelectuales más radicales de América Latina (y de otros lugares) desarrollaron un lenguaje sobre la “dependencia”, la cual, decían, necesitaba ser combatida y superada para que los países dependientes alcanzaran la posibilidad de desarrollarse.

La terminología puede haber diferido, pero el punto en que todos coincidían era en que el desarrollo podía ser efectivamente posible si tan solo... Por tanto, cuando las Naciones Unidas declararon que la de 1970 sería “la década del desarrollo”, el término y el objetivo parecían virtualmente evidentes por sí mismos. Sin embargo, como sabemos, la de 1970 resultó ser una década muy mala para la mayoría de los países del Sur. Fue la década en que la OPEP impuso dos aumentos sucesivos de los precios del petróleo, y de la estancación en el Norte. El consecuente aumento en el costo de las importaciones para los países del Sur se combinó con una severa caída en el valor de sus exportaciones, debido a que el estancamiento de la economía mundial generó agudas dificultades en la balanza de pagos de prácticamente todos estos países (incluyendo el así llamado bloque socialista) salvo los Estados exportadores de petróleo.

Los Estados exportadores de petróleo obtuvieron ganancias de increíble magnitud, que depositaron en bancos de Estados Unidos y Alemania, los cuales a su vez necesitaron encontrar un uso lucrativo para este capital extra. Lo encontraron en los préstamos a los Estados con graves dificultades en su balanza de pagos. Estos préstamos, activamente promovidos por los propios bancos, resolvieron ambos problemas: encontrar una salida al exceso de dinero en las cuentas de los bancos del Norte, y resolver las dificultades de liquidez de los Estados virtualmente insolventes del Sur. Sin embargo, ocurrió que los préstamos condujeron a un pago acumulativo de intereses que, hacia 1980, había conducido a problemas aún mayores en la balanza de pagos de aquellos Estados. Los préstamos, desafortunadamente, están supuestos a ser pagados. El mundo llegó así a la llamada crisis de la deuda, súbitamente descubierta –en Polonia en 1980, en México en 1982–, que terminó por hacerse presente en todos los países.

Resultó bastante fácil descubrir al villano en la obra. El dedo señaló al desarrollismo, tan universalmente alabado apenas una década antes. La construcción del Estado pasó a ser vista como la tarea de alimentar a una burocracia sobredimensionada. La ayuda analizada fue analizada ahora como dinero derramado en el desagüe, si es que no en la alcantarilla. Y las estructuras paraestatales, lejos de constituir un esfuerzo virtuoso para levantarse por sí mismos, fueron denunciadas como barreras mortales al logro empresarial fructífero. Se decidió que los préstamos a Estados en apuros, para ser beneficiosos, necesitaban ir acompañados por requisitos que obligaban a esos Estados a cortar el despilfarro de sus recursos en áreas tan poco prioritarias como la educación y la salud. Se proclamó, además, que las empresas estatales eran, casi por definición, ineficientes, y debían ser privatizadas con tanta rapidez como fuera posible, puesto que las empresas privadas eran nuevamente –casi por definición también– sensibles al “mercado” y por tanto de una máxima eficiencia. O al menos ese fue el consenso en Washington.

Los términos al uso y las modas en el mundo académico son pasajeras y, por lo general, no sobreviven por más de una o dos décadas. De pronto, el desarrollo había pasado, y la globalización ocupó su lugar. Profesores universitarios, ejecutivos de fundaciones, editores y columnistas de prensa vieron la luz. Sin duda, la óptica –o mejor dicho, los remedios– habían cambiado. Ahora, la manera de moverse hacia delante no consistía en la sustitución de importaciones, sino en actividades orientadas a las exportaciones. ¡Abajo no sólo con las industrias nacionalizadas, sino con los controles a la transferencia de capitales! ¡Arriba con flujos de capital transparentes, libres de obstáculos! En lugar de regímenes de

partido único, procedamos todos a estudiar gobernabilidad (una nueva palabra, espléndidamente erudita y bastante inescrutable, si es que no carente de sentido). Por sobre todo, miremos en dirección a la Meca cinco veces al día, y entonemos el Allahu Akbar NOHA – No Hay Alternativa.

Los nuevos dogmas echaron raíces en la década de 1980 entre la descomposición decadente de los sueños desarrollistas. Florecieron en la década de 1990 al calor del chisporroteo de la “nueva economía” en la que los Estados Unidos y el Asia oriental estaban supuestos a conducir al mundo hacia su gloria económica. Sin embargo, he aquí que el brillo empezó a empañarse. La crisis de circulante en el Asia oriental y sur oriental en 1997 (que se expandió a Rusia y Brasil), el deslizamiento hacia debajo de la Organización Mundial de Comercio (OMC) desde Seattle hasta Cancún, el opacamiento de Davos y el ascenso espectacular de Porto Alegre, al-Qaeda y el 11 de septiembre, seguidos por el fiasco de Bush en Irak y la actual crisis contable de los Estados Unidos –todo esto y más lo lleva a uno a sospechar que la globalización, en tanto que retórica, podría sufrir muy pronto el mismo destino que el desarrollismo. Y de aquí nuestra pregunta: ¿después del desarrollismo y la globalización, qué?

No nos ensañemos demasiado en nuestra crítica a la teorización de ayer. Toda la discusión de 1945 a nuestros días ha sido, en efecto, un prolongado esfuerzo encaminado a encarar de manera seria la realidad de que el sistema mundial no sólo es polarizante y está polarizado, sino que esta realidad es a un tiempo moral y políticamente intolerable. Para los pueblos ubicados en el fondo, nada parece más urgente que imaginar vías para mejorar su situación, en primer lugar en lo económico. Después de todo, lo único que estos pueblos tenían que hacer era ver una película para descubrir que en el mundo había otros pueblos y lugares en mucha mejor condición que ellos. Y los países en la cima descubrieron –así fuera con vaguedad– que “las masas oprimidas que aspiran a respirar con libertad” representaban un peligro permanente para el orden mundial y para su propia prosperidad, y por tanto había que hacer algo, de alguna manera, para enfriar ese brasero.

Por tanto, los análisis intelectuales y los esfuerzos de política que se derivaron de los mismos, que animaron el debate sobre el desarrollo y la globalización fueron serios y respetables, aun si en retrospectiva nos parecen mal orientados de múltiples maneras. La primera pregunta que debemos hacernos ahora consiste en si es posible, de algún modo, que todo el mundo alcance –algún día, en un futuro no demasiado remoto– el nivel de vida de, digamos, Dinamarca (y quizás también instituciones políticas y culturales similares). La segunda pregunta plantea que, si esto no es posible, ¿podrá el presente sistema mundial, segado y altamente inequitativo como es, mantenerse más o menos en su estado actual? Y si esto no es posible, la tercera pregunta es: ¿qué tipos de alternativas se nos presentan en la actualidad?

I. “¿Es posible de algún modo que todo el mundo alcance –algún día, en un futuro no demasiado remoto– el nivel de vida de, digamos, Dinamarca (y quizás también instituciones políticas y culturales similares)?

Sin duda alguna Dinamarca (y la mayoría de los países de la OCDE) ofrecen un nivel de vida bastante decente a una parte sustancial de su población. La medida standard de la variación interna del ingreso, la curva de Gini, muestra números bastante bajos para la mayoría de los países de la OCDE, razonablemente buenos para todos ellos con respecto a los promedios mundiales². Sin duda alguna, hay muchas personas pobres en estos países, aunque muchas menos en comparación con casi cualquier país del Sur. De este modo, por supuesto, la gente en estos países más pobres aspira a ser tan rica como la de Dinamarca. En años recientes, la prensa económica mundial ha estado llena de relatos sobre las notables tasas de crecimiento de China –un país que poco tiempo atrás estaba considerado entre los más pobres–, en conjunto con muchas especulaciones en torno a si estas tasas de crecimiento podrán mantenerse en el futuro, y en qué medida, y transformar así a China en un país relativamente rico en término de su PIB per cápita.

Permítasenos dejar de lado el hecho de que muchos otros países han mostrado notables impulsos de crecimiento por períodos de hasta 20 y 30 años, con tasas que –sin embargo– terminaron por desplomarse. Allí están, por ejemplo, los casos recientes de la Unión Soviética y Yugoslavia. Dejemos también por fuera de la ecuación la larga lista de países cuyo PIB era mejor en el pasado lejano que en el presente. Asumamos por el momento que el crecimiento económico de China continúa de manera ininterrumpida por otros veinte años, y que el PIB per cápita de China se aproxima, digamos, si no al de Dinamarca, al menos al de Portugal o incluso al de Italia. Especulemos incluso con que hasta el 50% de su población se beneficia de manera significativa con este impulso de crecimiento, que pasa a reflejarse en su ingreso efectivo.

¿Resulta creíble mantener todo lo demás constante, y asumir que, en último término, todos los demás permanecen donde están hoy en términos de su nivel de vida? ¿De dónde vendrá la plusvalía que permita al 50% de la población de China consumir al nivel del 50% de la población de Italia, mientras todo el resto del mundo consume a niveles al menos tan altos como los del presente? ¿Cabe suponer que todo esto provendrá de la así llamada mayor productividad de la producción mundial (o china)? Es evidente que los trabajadores calificados de Ohio y del valle del Ruhr no piensan así. Ellos piensan que deberán pagar por eso, que ya están pagando por eso, a través de una reducción significativa de sus niveles de vida. ¿Están realmente tan equivocados? ¿No ha estado ocurriendo esto durante una década?

La primera pieza de evidencia es toda la historia pasada de la economía mundial capitalista. A lo largo de más de quinientos años de existencia, la brecha entre la cima y la sima, el núcleo y la periferia, nunca se ha hecho más pequeña, siempre se ha hecho mayor. ¿Qué hay en la presente situación que pueda permitirnos asumir que esta tendencia no continuará? Por supuesto, no cabe duda de que a lo largo de estos quinientos años algunos países han mejorado su posición relativa en la distribución de la riqueza en el sistema mundial. Por tanto, puede plantearse que estos países se han “desarrollado” en cierto sentido. Pero también es cierto que otros países se encuentran a un nivel más bajo que antes en las jerarquías de la riqueza relativa, algunos de ellos de manera espectacular. Y, a pesar de que nuestra información estadística de los últimos 75 a 100 años es, en el mejor de los casos, de mínima calidad, los estudios comparativos de que disponemos muestran una constante distribución trimodal de la riqueza en el sistema mundial, con unos pocos países moviéndose de una categoría a otra³.

La segunda pieza de evidencia consiste en que los altos niveles de ganancia –y por consiguiente, de la posibilidad de acumular plusvalía– se correlacionan directamente con el grado relativo de monopolización de la actividad productiva⁴. Lo que hemos venido llamando desarrollo durante los pasados cincuenta años, consiste básicamente en la capacidad de algunos países para erigir empresas productivas de un tipo considerado como de alta rentabilidad. En la medida en que han tenido éxito al hacer esto, han logrado reducir el grado de monopolización en esta arena particular y, por tanto, reducir el grado de rentabilidad de esa producción. La tendencia histórica de las así llamadas industrias de avanzada sucesivas –desde los textiles hasta el acero y los automóviles, hasta la electrónica y la tecnología de computación– es una clara evidencia de esto. La industria farmacéutica de los Estados Unidos se encuentra librando en la actualidad una batalla de retaguardia contra esa declinación en su rentabilidad potencial. ¿Podrán Boeing y Airbus mantener sus niveles actuales de rentabilidad ante la competencia de una supuesta industria aeronáutica china veinte o treinta años en el futuro?

De este modo, una de dos opciones. O bien los llamados nuevos países en desarrollo se verán aplastados por algún proceso de carácter muy destructivo (agresión militar, epidemias, guerras civiles) –y en este caso, los centros de acumulación económica existente seguirán en la cima, y la dolarización será aún más aguda. O bien los nuevos países en desarrollo serán capaces de reproducir algunos de los principales procesos productivos de los centros actuales –y en este caso, o la dolarización simplemente se invertirá (lo que es poco probable) o habrá un aplanamiento de la curva. Pero en este último caso, la capacidad de acumulación de plusvalía en el conjunto del sistema mundial disminuirá severamente, y la *raison d’être* de una economía mundial capitalista se verá erosionada. En ninguno de estos escenarios todo país se convierte en una Dinamarca.

Si ha llegado a existir un ánimo sombrío en relación al desarrollo económico y los beneficios positivos de la globalización, se debe –plantearía yo– a que la sensación de que hemos llegado a un callejón sin salida ha empezado a infiltrarse en más y más personas –académicos, políticos, y sobre todo trabajadores comunes y corrientes. El optimismo de las décadas de 1950 y 1960, que renació momentáneamente en la de 1990, ya no nos acompaña. En lo personal, no veo manera de que, en el marco de una economía capitalista mundial, podamos acercarnos a una distribución más equitativa y generalizada de la riqueza en el mundo, y menos aún a una que permitiera a cada uno consumir al nivel de un consumidor danés. Y digo esto tomando en consideración todos los posibles avances tecnológicos, así como los incrementos en la productividad, ese concepto elusivo.

II. “Si esto no es posible, ¿podrá el presente sistema mundial, sesgado y altamente inequitativo como es, mantenerse más o menos en su estado actual?”

Lo dudo. Aun así, por supuesto, debemos ser cuidadosos, puesto que durante los últimos dos siglos se han hecho predicciones de cambios estructurales dramáticos que han terminado por ser inexactas en el

mediano plazo, debido a que algún elemento crucial ha sido excluido del análisis.

La principal explicación para el cambio estructural fundamental supuestamente venidero ha sido la insatisfacción de los explotados y oprimidos. En la medida en que empeoraban las condiciones, se planteaba, la gente de abajo, o algún gran grupo, estaba destinada a rebelarse. Entonces ocurriría lo que usualmente ha sido llamado una revolución. No resumiré los argumentos y contra argumentos, que sin duda le son familiares a cualquiera que haya venido estudiando con seriedad la historia del moderno sistema mundial.

El siglo XX fue, entre otras cosas, el momento de una larga serie de levantamientos nacionales y movimientos sociales que proclamaron sus propósitos revolucionarios y que lograron el poder estatal en una u otra forma. El punto más alto de estos movimientos ocurrió en el período 1945-1970, precisamente el período de florecimiento del desarrollismo, que fue de algún modo el credo de estos movimientos. Pero también sabemos que el período 1970-2000 vio la caída de la mayor parte de estos movimientos en el poder, o al menos una drástica revisión de sus políticas. Este fue el período del florecimiento de la globalización, cuya lógica aceptaron resignadamente estos movimientos –tanto aquellos que aún estaban en el poder como los que aspiraban a desempeñar un papel de oposición parlamentaria. Así, pues, tenemos la era del triunfalismo seguida por la era de la desilusión.

Algunos de los cuadros de estos movimientos se acomodaron a lo que se pensaba que eran las nuevas realidades, mientras otros cambiaban de bando, ya fuera en dirección a un retiro pasivo, ya hacia una incorporación activa al enemigo de ayer. En la década de 1980 y hasta mediados de la de 1990, los movimientos antisistémicos en todo el mundo se encontraban en una mala situación. Hacia 1995, sin embargo, el brillo momentáneo del neoliberalismo había empezado a desgastarse, y eso fue seguido de una búsqueda de nuevas estrategias antisistémicas en todo el planeta. La historia que va de Chiapas a Seattle y a Porto Alegre ha sido la del surgimiento de un nuevo tipo de movimiento antisistémico mundial, algunas veces llamado en estos días alter mundialismo. El nombre que le doy es el del espíritu de Porto Alegre, y pienso que va a ser un elemento de importancia en las luchas políticas mundiales de los próximos 25 a 50 años. Regresaré a esto en mi discusión de las verdaderas alternativas del presente.

Sin embargo, no creo que una nueva versión del movimiento revolucionario sea el factor fundamental en lo que percibo como el colapso estructural de la economía mundial capitalista. Los sistemas no colapsan en primer lugar debido a las rebeliones desde abajo, sino debido a las debilidades de las clases dominantes, y a su imposibilidad para mantener su nivel de ganancia y privilegio. Únicamente cuando un sistema existente se ve debilitado en términos de su propia lógica es que el impulso desde abajo puede llegar a ser efectivo.

La fuerza fundamental del capitalismo como sistema ha tenido dos componentes. Por un lado, ha demostrado una capacidad para garantizar la acumulación incesante de capital por sobre todo obstáculo. Y por el otro lado, ha establecido estructuras políticas que han hecho posible garantizar esta acumulación incesante de capital sin verse destronadas por las ásperas e insatisfechas “clases peligrosas”. La debilidad básica del capitalismo como sistema mundial en nuestros días consiste en que el éxito está conduciendo al fracaso (tal como Schumpeter pensaba que ocurría normalmente). Como consecuencia de ello, hoy en día están colapsando simultáneamente la habilidad para garantizar la acumulación incesante de capital y las estructuras políticas que han mantenido a raya a las clases peligrosas.

El éxito del capitalismo en asegurar la acumulación incesante de capital ha radicado en su capacidad para evitar que tres costos básicos de producción –los de personal, insumos e impuestos– aumentaran con demasiada rapidez. Sin embargo, ha logrado esto mediante mecanismos que han venido agotándose con el tiempo. El sistema ha empezado ahora a acercarse a un punto en el que estos costos resultan excesivamente altos para hacer de la producción una fuente adecuada de acumulación de capital. El estrato capitalista ha recurrido a la especulación financiera como un sustituto. La especulación financiera, sin embargo, es un mecanismo intrínsecamente pasajero, puesto que depende de la confianza, y a mediano plazo la confianza se ve erosionada por la propia especulación. Permítanme ilustrar cada uno de estos puntos.

Los costos de personal son una función de la incesante lucha de clases. Lo que los trabajadores tienen de su lado es la concentración de la producción (por razones de eficiencia), de donde resulta su capacidad a lo largo del tiempo para organizarse tanto en el mundo del trabajo como en la arena política para presionar a sus empleadores en demanda de un incremento en sus remuneraciones. Sin duda, los

empleadores siempre contraatacan enfrentando a unos grupos de trabajadores contra otros. Pero existen límites a esta posibilidad en el marco de un solo país o una sola área local, puesto que existen medios políticos que permiten a los trabajadores consolidar sus ventajas (legal y/o culturalmente).

Cada vez que ocurre una fase de Kondratieff tipo A, los empleadores, enfrentados a demandas militantes de los trabajadores, prefieren por lo general permitir algún incremento en las remuneraciones, porque las interrupciones del trabajo les hacen más daño inmediato que las concesiones. Sin embargo, tan pronto ingresamos en una fase de Kondratieff tipo B, para el empleador que desea sobrevivir a los malos tiempos se hace imperativo reducir el paquete de remuneraciones, puesto que existe una aguda competencia de precios. Es en este punto que los empleadores han recurrido, a lo largo de la historia, a la relocalización –la “fábrica fugitiva”–, para transferir su producción a zonas que han tenido “históricamente” tasas más bajas de remuneración. Pero, ¿cuál es exactamente la historia que explica estas tasas históricamente más bajas? La respuesta es bastante simple –la existencia de una gran reserva de trabajadores rurales para quienes el empleo asalariado urbano, a cualquier nivel de remuneración, representa un incremento neto en el ingreso real del hogar. Así, en la medida en que las remuneraciones se elevan de manera más o menos permanente en alguna área de la economía mundial, esto se ve compensado –en términos de la economía mundial como un todo– por la aparición de nuevas cohortes de trabajadores que aceptarán remuneraciones más bajas por el mismo trabajo, manteniendo por supuesto una eficiencia constante.

El problema con esta solución al constante problema entre propietarios y productores consiste en que al cabo de 25/50 años los trabajadores en la nueva zona de producción están en capacidad de sobreponerse a su desorientación urbana y su ignorancia política iniciales, y tomar el mismo camino de lucha de clases emprendido por otros en otras partes del mundo. A partir de aquí, la zona en cuestión deja de ser una zona de remuneraciones históricamente bajas, o al menos deja de serlo en el mismo grado. Tarde o temprano, los empleadores se ven necesitados, en defensa de su propio interés, a mudarse de nuevo, reubicándose en otra zona nueva. Este desplazamiento geográfico constante de las zonas de producción ha funcionado bastante bien durante siglos, pero tiene un Talón de Aquiles.

Al mundo se le están acabando las nuevas zona de mudanza. A esto nos referimos al hablar de la desruralización del mundo, que está en marcha –y a un ritmo muy acelerado desde 1945. La proporción de la población mundial que reside en ciudades pasó del 30 al 60 por ciento entre 1950 y 2000⁵. La economía capitalista mundial debería verse privada de tales zonas dentro de 25 años, en el mejor de los casos. Y ya restan muy pocas. Y con los modernos medios de comunicación, el lapso de tiempo necesario para que las nuevas zonas aprendan las lecciones acerca de cómo organizarse se ha visto drásticamente reducido. De aquí, por tanto, resulta que la capacidad de los empleadores para mantener las remuneraciones bajo control se ha visto drásticamente restringida.

El costo de los insumos depende del porcentaje de los mismos que el empleador se vea obligado a pagar. En la medida en que pueda obtener insumos gratuitos, sus costos permanecen bajos. El principal mecanismo empleado durante siglos por los empleadores para evadir el pago de los insumos ha consistido en transferirles el costo a otros. Los tres costos principales que han sido externalizados han sido los de descontaminación, de renovación de recursos primarios, y de infraestructura.

La descontaminación es fácil de manejar al comienzo. Uno tira sus desechos en algún lugar que es público o que no está ocupado. Esto no cuesta prácticamente nada. Los costos por lo general no son inmediatos, sino diferidos. Las eventuales dificultades se convierte en el problema del “público” –sea como individuos, o colectivamente, como gobiernos. La limpieza, cuando es llevada a cabo, pocas veces es pagada por el usuario original. En tiempos premodernos, los gobernantes se mudaban de un castillo a otro cuando se quedaban sin vertederos de basura. En la economía capitalista mundial, los productores hacen más o menos lo mismo. El problema, aquí, es idéntico al de las fábricas fugitivas y los niveles de remuneración. Nos estamos quedando sin nuevos vertederos para el futuro. A esto se agrega que el costo de la descontaminación se ha elevado, o que al menos estamos más conscientes del mismo debido a los avances de la ciencia. Por tanto, el mundo busca descontaminar los desechos. A esto se le llama preocupación por la ecología. Y en la medida en que la preocupación aumenta, el problema de quién debe pagar se torna más visible. Existe una creciente presión para obligar a que el usuario de los recursos que deja desechos tóxicos sea quien pague los costos de la descontaminación. A esto se le llama internalización de los costos. En la medida en que los gobiernos imponen tal internalización de costos, el conjunto de los costos aumenta, a veces de manera muy aguda.

El tema de la renovación de los recursos primarios es básicamente análogo. Si los bosques son talados, podría renovarse mediante procesos naturales, pero a menudo lentamente. Y mientras más rápidamente son talados los bosques (debido al aumento de la producción mundial), tanto más difícil resulta que tengan lugar los procesos naturales de renovación en un plazo razonable. De modo que aquí, también, en la medida en que se hacen más evidentes las preocupaciones ecológicas, tanto los gobiernos como los actores sociales han hecho presión sobre los usuarios para restringir el uso de los recursos, o para que inviertan en su renovación. Y en la medida en que los gobiernos imponen la internalización de estos costos, los costos de producción se incrementan.

Finalmente, lo mismo es cierto para el caso de la infraestructura. La infraestructura, casi por definición, es un gasto en actividades costosas que no puede ser atribuido a algún productor en particular –por ejemplo, la construcción de carreteras públicas para el transporte de bienes. Pero el hecho de que estos costos no puedan ser considerados como costos de un productor en particular no significa que no puedan ser considerados como costos de una multitud de productores. Más aún, el costo de tal infraestructura se ha incrementado geométricamente. Si, se trata de bienes públicos, pero el público sólo puede ser especificado hasta un cierto punto. Y una vez más, en la medida en que los gobiernos imponen incluso una internalización parcial de tales costos, los costos de producción aumentan.

El tercer costo básico de producción son los impuestos. Cualquier comparación del nivel total de impuestos en el mundo, o en alguna parte del mundo, con el mundo de un siglo atrás, revela que todos estamos pagando impuestos más elevados hoy, cualquiera sea la oscilación de las tasas. ¿A qué responde esto? Hay tres fuentes principales de gasto en todos los gobiernos –los costos de la seguridad colectiva (ejércitos, policía, etc.); los costos de todo tipo de bienestar público, y los costos de administración (sobre todo, los costos de la recaudación de impuestos). ¿Por qué han aumentado tanto estos costos de gobierno?

Los costos de seguridad han aumentado sencillamente como resultado del avance tecnológico. Los juguetes que utilizan las fuerzas de seguridad son mayores cada día, y de cada manera. Después de todo, la seguridad es un juego en el que todas las partes tratan siempre de tener más que sus adversarios. Es como una subasta interminable en la que las ofertas suben constantemente. Quizás si ocurriera un holocausto nuclear, y los sobrevivientes regresaran a los arcos y las flechas, estos costos descenderían. Pero salvo esa eventualidad, no veo manera de que tal reducción ocurra.

A esto se agrega que los costos en bienestar se han estado incrementando de manera constante y nada los hace crecer con menor rapidez, pese a toda la propaganda sobre el tema. Aumentan por tres razones. La primera consiste en que la política de la economía capitalista mundial ha empujado a los sectores dominantes a hacer concesiones a las clases peligrosas, que han venido reclamando tres cosas: educación, servicios de salud, y garantía de un ingreso de por vida. Más allá de esto, el nivel de estas demandas ha venido aumentando de manera sostenida y haciéndose extensivo en el plano geográfico. Además, la gente vive más años (en parte como resultado de estas medidas de bienestar, precisamente), y por tanto los costos colectivos se han incrementado debido al incremento en el número de beneficiarios. La segunda razón consiste en que los avances en tecnología de la educación y la salud han incrementado los costos de provisión de la maquinaria adecuada (tal como ocurre con los gastos en seguridad). Y por último, los productores en cada uno de estos terrenos se han aprovechado de los subsidios gubernamentales a estas demandas públicas para apropiarse de un gran trozo del pastel.

El bienestar, tal como lo ha expresado la queja de los conservadores, se ha convertido en una prebenda. Y es difícil imaginar cómo podría sobrevivir cualquier gobierno a un recorte realmente significativo de estos gastos. Sin embargo, y por supuesto, alguien debe pagar por esto. Y los productores terminan por ser quienes pagan, de manera directa o debido a las demandas de mayores remuneraciones que hacen sus empleados, precisamente para pagar estos costos.

No disponemos de información adecuada sobre el incremento constante de todos estos costos, pero los mismos son considerables. Por otro lado, no podemos esperar que un incremento en los precios de venta de los bienes mundiales compense el incremento de los costos de producción, debido precisamente a que la enorme expansión de la producción mundial ha reducido las múltiples monopolizaciones y ha incrementado la competencia a escala mundial. De este modo, el fondo del asunto radica en que los costos de producción han aumentado con mayor rapidez que los precios de venta de la producción, y esto significa una contracción de las ganancias, que se traduce en dificultades para acumular capital a través de la producción. Esta contracción ha sido evidente en todas partes durante unos treinta años, lo cual explica el afán especulativo que ha imperado entre los capitalistas del mundo desde la década de 1970, y que no

da muestras de ceder. Pero las burbujas estallan. Los globos no pueden ser inflados hasta el infinito.

Sin duda alguna, los capitalistas ofrecen resistencia colectiva. De esto es de lo que se trata la globalización –un intento político masivo de revertir los costos de remuneración, de contrarrestar las demandas de internalización de costos y, por supuesto, de reducir los costos impositivos. Tal como ha ocurrido con toda ofensiva anterior contra el incremento de los costos, ésta ha tenido un éxito parcial, pero muy parcial. Aún después de todos los recortes impuestos por los regímenes más reaccionarios, en la primera década del siglo XXI los costos de producción son notoriamente más altos de lo que eran en 1945. Pienso en esto como el efecto incremental –dos pasos adelante y un paso atrás van conformando una curva ascendente secular.

En la medida en que las estructuras económicas subyacentes a la economía capitalista mundial se han venido moviendo en dirección a una asíntota que hace cada vez más difícil acumular capital, las estructuras políticas que habían venido conteniendo a las clases peligrosas también encaran problemas. El período del desarrollismo, 1945–1970, fue también el período de triunfo de los movimientos antisistémicos históricos, que llegaron al poder de una manera u otra casi en todas partes. Su mayor promesa había sido el sueño desarrollista. Cuando eso fracasó, el apoyo de sus seguidores se desintegró. Los movimientos, así se llamaran a sí mismos comunistas, socialdemócratas o movimientos nacionales de liberación, cayeron del poder casi por doquier. El período de globalización, 1970–2000, fue también el período de profunda desilusión con los movimientos antisistémicos históricos. Cayeron de la gracia, y no es probable que vuelvan a disfrutar otra vez de la profunda lealtad de la gran masa de la población. Es posible que tengan tanto apoyo electoral como sus adversarios, pero ya no son considerados dignos de la fe en un futuro esplendoroso que representaron.

La declinación de estos movimientos –la llamada Vieja Izquierda– no constituye en realidad una ganancia para el buen funcionamiento de la economía capitalista mundial. Si bien estos movimientos fueron antisistémicos en sus objetivos, constituyeron estructuras disciplinadas que controlaban los impulsos radicales espontáneos de sus seguidores. Movilizaron a esos seguidores para propósitos específicos, pero también los desmovilizaron, sobre todo cuando ejercían el gobierno, insistiendo en los beneficios de un futuro distante, en oposición a los disturbios incontrolados del presente. El colapso de estos movimientos representa el colapso de las restricciones a las clases peligrosas, que por tanto se tornaron peligrosas otra vez. La creciente anarquía del siglo XXI es un claro reflejo de este giro.

La economía capitalista mundial es hoy una estructura muy inestable. Nunca lo ha sido tanto. Es muy vulnerable a corrientes repentinas, rápidas y destructivas.

III. “Y si esto no es posible, la tercera pregunta es: ¿qué tipos de alternativas se nos presentan en la actualidad?”

Para los países del Sur no resulta muy reconfortante que se diga que el sistema mundial existente atraviesa por una crisis estructural, y que nos encontramos en una transición de entre 25 y 50 años hacia algún otro sistema mundial. Ellos desearán saber qué ocurrirá durante ese lapso y qué podrían o debería hacer en este momento –si es que algo puede hacerse– para mejorar la suerte de las poblaciones de esos países. Las personas tienden a vivir en el presente, como en efecto deberían hacerlo. Por otro lado, es importante saber cuáles son las restricciones del presente que debemos encarar para que nuestras acciones sean de la máxima utilidad, en el sentido que contribuyan a acercar los objetivos que nos proponemos de una manera significativa. Así, pues, permítanme indicar lo que en mi opinión es el escenario de los próximos 25 a 50 años, y lo que éste implica para el presente inmediato.

El escenario para los próximos 25 a 50 años tiene dos dimensiones. Por un lado, lo más probable es el colapso de nuestro sistema histórico existente, debido a todas las razones que acabo de señalar. Por otro lado, lo que reemplace al sistema existente es totalmente incierto, impredecible en sí mismo, si bien cada uno de nosotros puede contribuir a ese desenlace impredecible. Es impredecible en sí mismo porque, cada vez que nos encontramos en una bifurcación sistémica, no hay manera de saber de antemano cuál camino de la encrucijada tomaremos colectivamente. Este es el mensaje de las ciencias de la complejidad⁶.

Por otra parte, precisamente porque este es un período de transición en el que el sistema existente está muy lejos del equilibrio, con oscilaciones violentas y caóticas en todos sus dominios, las presiones para retornar al equilibrio son débiles en extremo. Esto significa que, en efecto, estamos en el reino de la

“libre voluntad” y por tanto nuestras acciones, individuales o colectivas, tienen un impacto amplio y directo sobre las opciones históricas con las que se enfrenta el mundo. En cierto sentido, para traducir esto a nuestras preocupaciones, podríamos decir que el objetivo de “desarrollo”, que países y académicos han venido buscando durante unos 50 años, es más realizable durante los próximos 25 a 50 años de lo que nunca fue hasta ahora. Sin embargo, por supuesto que no hay garantías, porque el desenlace es incierto.

En la escena geopolítica mayor, existen al presente tres procesos de fragmentación principales. En primer lugar está la lucha triádica entre los Estados Unidos, Europa Occidental y Japón/Asia Oriental por ser el principal centro de acumulación de capital en la economía capitalista mundial. En segundo lugar está la larga lucha entre el Norte y el Sur por la distribución de la plusvalía mundial. Y está la nueva lucha que gira en torno a la crisis estructural del sistema capitalista mundial y se centra en cuál de los dos caminos posibles de la encrucijada tomará el mundo al completar la transición a un nuevo sistema.

Las dos primeras son luchas tradicionales en el marco del moderno sistema mundial. Los integrantes de la llamada tríada están en condiciones más o menos iguales en el intento de reorganizar los sistemas productivo y financiero del moderno sistema mundial. Al igual que en toda las luchas triádicas de este tipo, existe presión para convertir la tríada en una díada, lo que podría ocurrir quizás en la próxima década. He sostenido desde hace mucho que el par más probable es el de Estados Unidos y Japón/Asia Oriental con Europa Occidental/Rusia⁷. Pero no repetiré esta discusión aquí, porque considero a esta lucha como secundaria con respecto al asunto de superar la polarización del sistema existente, esto es, de permitir a lo largo y ancho del sistema mundial aquello que hemos llamado “desarrollo”.

La segunda lucha, entre el Norte y el Sur, ha sido por supuesto un centro focal de los asuntos del desarrollo durante los pasados 50 años. De hecho, la gran diferencia entre la era del desarrollismo y la era de la globalización ha sido la fortaleza relativa de ambas partes. Mientras en la primera era el Sur parecía estar mejorando su posición, así fuera ligeramente, el segundo período ha sido uno de triunfante retorno para el Norte. Pero este retorno ha llegado ahora a un punto muerto, con el estancamiento en la OMC y la ruptura entre los voceros del Norte en torno a la sabiduría del Consenso de Washington. Pienso aquí en el disenso cada vez más abierto de figuras tales como Joseph Stiglitz, Jeffrey Sachs y George Soros, entre muchos otros, y en el notable reblandecimiento de las rigideces del Fondo Monetario Internacional en el período posterior al año 2000. No espero que en las décadas por venir haya muchas novedades en esta pugna.

El tercer proceso de fragmentación es el que refleja la nueva situación, la de la crisis estructural con su consecuente caos en el sistema mundial y la bifurcación que está teniendo lugar. Esta es la ruptura entre el espíritu de Davos y el espíritu de Porto Alegre, que antes mencioné. Debería explicar cuáles son, en mi opinión, los problemas centrales aquí. La lucha no se refiere a si estamos o no a favor del capitalismo como sistema mundial. Las dos posibilidades de reemplazo carecen tanto de verdaderos nombres como de perfiles detallados. Lo que está en cuestión es, en lo más esencial, si el sistema de reemplazo será jerárquico y polarizante (esto es, igual o peor que el sistema actual) o será en cambio relativamente democrático e igualitario. Estas son opciones morales básicas, y estar de uno u otro lado determina nuestras políticas.

Los contornos de los actores políticos de nuestro tiempo aún son imprecisos. El lado del espíritu de Davos está dividido entre aquellos cuya visión del futuro involucra un incesante endurecimiento en la estrategia y en la creación de instituciones, y los que insisten en que tal visión crearía un sistema ingobernable, que no podría durar. Por el momento, es un campo muy dividido. El lado del espíritu de Porto Alegre tiene otros problemas. Sus integrantes constituyen apenas una alianza sin consolidar de una amplia variedad de movimientos dispersos por todo el mundo que, al menos por ahora, coinciden en el marco del Foro Social Mundial (FSM). Colectivamente, aún carecen de una estrategia definida. Pero tienen un gran apoyo de base, y una gran claridad en cuanto a aquello a lo que se oponen.

El problema consiste en lo que realmente deberían hacer los portadores del espíritu de Porto Alegre para acercar ese “otro mundo” que según ellos es posible. Y este problema tiene dos aspectos. Qué deberían hacer aquellos gobiernos que comparten su visión, así sea parcialmente, y qué deberían hacer los múltiples movimientos. Los gobiernos encaran con los temas de corto plazo. Los movimientos pueden lidiar tanto con los problemas de corto plazo como con los de mediano plazo. Ambos tipos de problemas afectan el proceso, más largo, de la transición. Y los de corto plazo afectan de inmediato nuestra vida cotidiana. Una estrategia política inteligente debería moverse en todos los frentes a la vez.

El mayor problema de corto plazo es el continuo empeño de los globalizadores neoliberales para alcanzar una expansión unilateral de las fronteras abiertas –abiertas en el Sur, pero no abiertas realmente en el Norte. Este es el corazón del persistente debate en el seno de la OMC, y de todas las discusiones bilaterales que están siendo llevadas a cabo de manera más evidente en los estados Unidos, pero también de manera secundaria por parte de la Unión Europea y sus integrantes –la creación de múltiples “acuerdos de libre comercio”, como el Tratado de Libre Comercio de América del Norte, y el Tratado de Libre Comercio de Centro América, etc. En lo más fundamental, aquello por lo que presionan los Estados Unidos consiste en garantías para sus monopolios (la llamada propiedad intelectual) y acceso para sus instituciones financieras, a cambio de concesiones tarifarias limitadas para productos agropecuarios y bienes industriales de bajo valor producidos en países del Sur.

La ofensiva dentro de la OMC se vio estancada en Cancún por una coalición de poderes intermedios del Sur –Brasil, India, Sudáfrica, etc.-, que plantearon una sencilla demanda: un comercio libre que funcionara en las dos direcciones. Si el Norte desea que le abramos nuestras fronteras, dijeron, en efecto deben abrirnos sus fronteras a nosotros. Pero el Norte es básicamente incapaz de aceptar este tipo de arreglo por dos razones. Daría lugar a un incremento considerable del desempleo y una caída del ingreso en los países del Norte, lo que resulta políticamente imposible para gobiernos que deben someter su aceptación a contiendas electorales. Y para la tríada no resulta claro cuál de ellos recibirá el mayor beneficio, o las menores pérdidas, como consecuencia de tales acuerdos, y por tanto vacilan. Después de todo, la tríada está envuelta en controversias sobre tarifas y subsidios entre sus integrantes, y acuerdos con el Sur debilitarían sus posiciones políticas en este conflicto económico, aún más importante desde el punto de vista del Norte.

Uno puede extraer dos conclusiones de esto. Esta es una disputa política condenada al estancamiento. Y para los países del Sur tiene la mayor importancia política mantener esta posición, desde su propio punto de vista. Esta es la acción individual más importante que estos gobiernos pueden llevar a cabo para promover la posibilidad de mantener o elevar el nivel de vida en sus países. Ante las sirenas del dogma neoliberal, estos países responden ahora con escepticismo: “demuéstramelo”. Y este escepticismo está justificado.

Por supuesto, estos gobiernos deben mantenerse en el poder. Y la mayor amenaza para esto proviene de la interferencia externa en sus asuntos políticos. Lo que están haciendo ahora los países del Sur, y se apresurarán aún más a hacerlo durante la próxima década, es buscar el ingreso al club nuclear. Lo que esto permitirá consiste en neutralizar en gran medida la amenaza militar exterior, y minimizar por tanto la amenaza política externa. Y la tercera cosa que se puede exigir de estos gobiernos es una distribución del bienestar social dentro de sus países, lo cual por supuesto puede incluir proyectos de desarrollo de bajo nivel (como la excavación de pozos, etc.) Lo que no se puede esperar de estos países es que alguna política de su parte los convierta en una Dinamarca en los próximos 20 a 30 años. Eso no va a ocurrir, y constituye básicamente una distracción con respecto a una política inteligente. El papel de los gobiernos progresistas consiste primordialmente en asegurar que las condiciones imperantes en sus países y en el mundo no empeoren aun más en las décadas por venir.

Son los movimientos los que pueden hacer más que los gobiernos, si bien los movimientos deben mantener a gobiernos mínimamente progresistas en el poder, y no enzarzarse en críticas infantiles de izquierda sobre la falta de logros que no es posible obtener. Y aquí debemos señalar un importante elemento que a menudo se pierde de vista. Las primeras dos rupturas políticas son geográficas: conflictos al interior de la tríada, y conflicto Norte–Sur. Sin embargo, el conflicto entre el espíritu de Davos y el de Porto Alegre no tiene geografía. Corta de través a todo el planeta, como lo hacen los movimientos. Es una lucha de clases, una lucha moral, pero no una lucha geográfica. En el mediano plazo, lo mejor que pueden hacer los movimientos es promover la desmercantilización dondequiera y en la medida que les sea posible. Nadie sabe con verdadera certeza cómo debería operar esto. Encontrar fórmulas viables requerirá de mucha experimentación. Y esa experimentación ya está ocurriendo. Está ocurriendo, debemos recordarlo, dentro de un ambiente básicamente hostil, en el que actúan presiones sistémicas que buscan minar cualquiera de tales intentos, y que pueden corromper a los participantes sin mayor dificultad. Pero la desmercantilización no solo se contrapone al impulso del neoliberalismo: además, construye las bases para una cultura política alterna.

Por supuesto, los teóricos del capitalismo han ridiculizado desde hace mucho la desmercantilización, arguyendo que es ilusoria, que se contrapone a alguna supuesta psicología innata a la humanidad, que es ineficiente y que garantiza la falta de crecimiento económico y, por tanto, la pobreza.

Todo esto es falso. Tan solo tenemos que fijarnos en dos grandes instituciones del mundo moderno –las universidades y los hospitales– para darnos cuenta de que, al menos hasta hace veinte años, nadie ponía en duda que debían ser administradas como instituciones sin fines de lucro, sin accionistas ni tomadores de ganancias. Y sería realmente difícil argumentar que, debido a esa razón, han sido ineficientes, poco receptivas a los avances tecnológicos, incapaces de atraer personal competente a sus labores de dirección, o de proporcionar los servicios básicos para los que fueron creadas.

No sabemos cómo funcionarán estos principios si son aplicados a la producción en gran escala – como la del acero-, o una producción más artesanal, de pequeña escala. Pero descartarlo es simplemente ceguera. Y resulta necio en una era en que las empresas productivas se están tornando mucho menos lucrativas que antes, debido precisamente al crecimiento económico que el capitalismo ha alentado. La promoción de formas alternas de desarrollo a partir de estos lineamientos tiene un potencial no solo para dar respuesta a los problemas del Sur, sino además a los de las declinantes regiones industriales del Norte.

En todo caso, como lo he reiterado, el problema no radica en cuál será la solución mágica para los dilemas de nuestro sistema mundial, sino en las bases sobre las que crearemos el próximo sistema mundial. Y para encarar esto con seriedad, debemos comprender con alguna claridad, en primer término, el desarrollo histórico del sistema que tenemos, apreciar sus dilemas estructurales de hoy, y abrir nuestra mente a alternativas radicales para el futuro. Y debemos hacer no simplemente de manera académica, sino práctica, esto es, viviendo en el presente y preocupados por las necesidades inmediatas de las personas tanto como por las transformaciones de largo plazo. Debemos, por tanto, luchar a la vez a la ofensiva y a la defensiva. Y si lo hacemos bien podríamos –pero solo podríamos– salir adelante en el curso de la vida de algunos de los integrantes más jóvenes de esta audiencia.

Notas

* Ponencia presentada en la conferencia "Development Challenges for the 21st Century", Universidad de Cornell, Octubre 1, 2004. Traducción de Guillermo Castro y revisada por el propio autor.

** Senior Research Scholar en la Universidad de Yale y Director Emérito del Centro Fernand Braudel. E-mail: Immanuel.Wallerstein@yale.edu.

¹ Volume III de *Les Colonies Françaises*. Exposition Universelle de 1900, Publications de la Comisión chargée de préparer la participation de la Ministère de Colonies, Paris: Augustin Challamel, 1900.

² Véase, por ejemplo, Anthony Atkinson, Lee Rainwater y Timothy Smeeding: "Income distribution in European countries", en A. B. Atkinson, ed.: *Incomes and the Welfare State: Essays on Britain and Europe*, Cambridge; Cambridge University Press.

³ El artículo clásico es el de Giovanni Arrighi y Jessica Drangel "The stratification of the world – economy: an exploration of the semiperipheral zone". *Review*, X, i, Summer 1986, 9 – 74. Arrighi está actualmente en vías de actualizar su planteamiento para un próximo artículo.

⁴ Si bien esto es evidente a primera vista, rara vez forma parte del análisis de la mayor parte de los economistas.

⁵ Véase Deane Neubauer, "Mixed blessings of the megacities", Yale Global On – line, Sept. 24, 2004.

⁶ Véase Ilya Prigogine, en colaboración con Isabelle Stengers, *The End of Certainty: time, chaos, and the new laws of nature*. New York, Free Press: 1997.

⁷ Véase por ejemplo "Japón y la futura trayectoria del sistema mundial: lecciones desde la historia?", en *Geopolitics and Geoculture*. Cambridge, Cambridge University Press, 1991, 36 – 48.